

Composición

Revista de filosofía habitable



Composición. Revista de filosofía habitable · Vol. 1, núm. 2 · 15 de mayo de 2026

Apariencia, doxa y captura en la composición del mundo común

Jorge Santoveña Martín

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

Resumen

Este artículo desarrolla una reconstrucción compositivista de la caverna platónica como categoría filosófica para pensar la apariencia, la doxa y la captura contemporánea. En primer lugar, se analiza la función clásica del mito de la caverna en Platón, mostrando tanto su potencia filosófica como su límite dualista. En segundo lugar, se introduce la inversión compositivista: la caverna no designa un espacio separado del mundo verdadero, sino una estructura material de producción de apariencia inscrita en el mundo común. En tercer lugar, se examina la doxa como organización material de la experiencia, sostenida por lenguaje, técnica, instituciones y relaciones de poder. A continuación, se estudia la intensificación contemporánea de la caverna en entornos técnicos y digitales, así como sus efectos sobre la subjetividad. Finalmente, se propone entender la verdad no como salida trascendente del mundo, sino como ruptura operatoria de la apariencia desde dentro de las propias composiciones materiales.

Palabras clave: *Composicionismo; caverna; doxa; apariencia; verdad; subjetividad; técnica; política.*

Abstract

This article develops a compositionalist reconstruction of Plato's cave as a philosophical category for thinking appearance, doxa and contemporary capture. First, it analyzes the classical function of the cave myth in Plato, showing both its philosophical power and its dualist limitation. Second, it introduces the compositionalist inversion: the cave does not designate a space separated from the true world, but a material structure for the production of appearance inscribed within the common world. Third, the article examines doxa as a material organization of experience, sustained by language, technology, institutions and power relations. It then studies the contemporary intensification of the cave in technical and digital environments, as well as its effects on subjectivity. Finally, it proposes understanding truth not as a transcendent exit from the world, but as an operative rupture of appearance from within material compositions themselves.

Keywords: *Compositionism; cave; doxa; appearance; truth; subjectivity; technology; politics.*

1. Introducción: el problema de la apariencia

La filosofía nace, en gran medida, como una ruptura con la apariencia. Desde sus orígenes, el pensamiento filosófico ha intentado ir más allá de lo que se muestra de manera inmediata, introduciendo una distancia crítica respecto a la experiencia ordinaria. Esta distancia se articula, en su forma más clásica, como distinción entre doxa y verdad, entre lo que aparece y lo que es, entre la superficie de la experiencia y la estructura de lo real.

Sin embargo, en el contexto contemporáneo, esta distinción se ha vuelto profundamente problemática. No porque haya dejado de ser relevante, sino porque las condiciones teóricas, históricas y técnicas en las que se formula han cambiado radicalmente. Por un lado, las concepciones clásicas de la apariencia —especialmente la platónica— han sido objeto de una crítica sistemática que reprocha su dependencia de un dualismo fuerte entre mundo sensible y mundo inteligible. Este dualismo introduce una escisión difícil de sostener en un marco materialista: la verdad aparece situada en un plano separado, accesible solo mediante una especie de elevación intelectual que rompe con la experiencia ordinaria.

Por otro lado, las teorías contemporáneas han tendido a disolver la diferencia entre apariencia y realidad. En diversas corrientes —hermenéuticas, constructivistas, postestructuralistas— la verdad se redefine como interpretación, construcción discursiva o efecto de prácticas sociales. La apariencia deja de ser un problema filosófico en sentido fuerte y se convierte en una dimensión constitutiva de la realidad misma. En este contexto, la noción de doxa pierde su fuerza crítica: si toda verdad es construcción y no existe un criterio externo que permita distinguir entre distintos niveles de realidad, entonces la oposición entre apariencia y verdad se diluye.

El resultado es una doble insuficiencia estructural. O bien se mantienen concepciones de la verdad dependientes de algún tipo de trascendencia, cada vez más difíciles de justificar en un marco materialista, o bien se desarrollan enfoques que renuncian a esa trascendencia pero pierden la capacidad de distinguir entre verdad y apariencia organizada. El problema de la apariencia reaparece entonces con una nueva forma: no como ilusión frente a verdad trascendente, sino como indistinción entre niveles de organización de lo real.

En este punto, la intervención del Compositivismo resulta decisiva. Su operación característica —conservar la función racional de las categorías y destruir su soporte trascendente— permite reabrir el problema sin recaer ni en el dualismo clásico ni en su disolución contemporánea. El Compositivismo parte de una tesis fundamental: la distinción entre apariencia y verdad debe ser conservada, pero sin recurrir a un mundo separado. La apariencia debe ser pensada como una forma específica de organización material de la experiencia. No es lo opuesto a lo real, sino una de sus configuraciones posibles. La doxa no es simplemente error, sino una estructura que organiza percepciones, discursos, prácticas y relaciones, produciendo una determinada forma de acceso al mundo.

Esto permite reformular el problema en términos más precisos. La cuestión ya no es si la apariencia es verdadera o falsa en relación con un modelo externo, sino si esa forma de organización está sometida o no a la resistencia efectiva de lo real. Allí donde la experiencia se organiza sin enfrentarse a esa resistencia, aparece la apariencia en sentido fuerte: no como mera ilusión, sino como configuración cerrada que bloquea la reconstrucción de estructuras reales. La apariencia ya no es lo opuesto a la realidad: es una forma de relación con lo real. Y precisamente por eso puede ser evaluada.

El problema filosófico de la apariencia se desplaza así desde un dualismo ontológico hacia un análisis estructural de las mediaciones que organizan la experiencia. La tarea ya no consiste en abandonar el mundo sensible para acceder a otro plano, sino en analizar cómo se producen, se estabilizan y se transforman las formas de apariencia dentro del propio mundo. Este desplazamiento permite integrar dimensiones que en la tradición aparecían separadas: la técnica, la política, el lenguaje y la subjetividad. En este punto se abre el campo propio del artículo: pensar la caverna no como mito de evasión, sino como estructura de la apariencia en el mundo contemporáneo.

2. La caverna en Platón: función y límite

El mito de la caverna constituye una de las formulaciones más influyentes y densas de la tradición filosófica occidental. No se trata de una simple alegoría pedagógica, sino de una construcción conceptual que condensa la estructura misma del proyecto platónico: la distinción entre apariencia y verdad, la crítica de la doxa y la exigencia de una transformación del sujeto como condición del conocimiento.

En el relato, los prisioneros encadenados perciben únicamente sombras proyectadas sobre un muro. La situación no es simplemente de ignorancia, sino de organización estructurada de la experiencia: los prisioneros no tienen acceso directo a las cosas, sino a una mediación que determina qué aparece y cómo aparece. La fuerza del mito reside en varios elementos filosóficamente imprescindibles. En primer lugar, muestra que la experiencia inmediata puede ser engañosa: lo que aparece no coincide necesariamente con lo que es. En segundo lugar, pone de manifiesto que la percepción está mediada: las sombras son efectos producidos por una determinada configuración material, anticipando la idea de que la doxa tiene condiciones de producción. En tercer lugar, el acceso a la verdad exige una transformación del sujeto: no basta con «ver mejor», es necesario modificar la relación con lo que aparece. En cuarto lugar, introduce una dimensión política fundamental: la caverna no es un error individual, sino una estructura compartida.

Sin embargo, esta potencia está inseparablemente ligada a un límite estructural. El núcleo problemático del mito reside en la forma en que articula la relación entre apariencia y realidad. La verdad aparece situada fuera del mundo sensible, en un plano inteligible al que se accede mediante una salida de la caverna. La salida implica, por tanto, una trascendencia: no se trata solo de reorganizar la experiencia dentro del mismo mundo, sino de abandonar un ámbito para acceder a otro. Esto

genera varias dificultades desde un punto de vista materialista: la relación entre ambos mundos queda problemática; la verdad pierde su carácter inmanente; y la dimensión política del mito queda tensionada, pues el filósofo conoce algo que no forma parte plenamente del mundo común.

Desde la perspectiva compositivista, este límite no invalida el mito, pero sí exige su reformulación. El Compositivismo no rechaza el mito de la caverna: lo invierte. La caverna deja de ser un lugar ontológicamente separado del mundo verdadero y pasa a ser entendida como una estructura interna al propio mundo, como una forma de organización de la experiencia que puede ser analizada, transformada y atravesada sin necesidad de recurrir a un exterior trascendente. El problema de la caverna no desaparece: cambia de lugar, del exterior al interior del mundo.

3. Inversión compositivista de la caverna

La inversión compositivista de la caverna constituye una de las operaciones más decisivas del sistema. La tesis central puede formularse con claridad: la caverna no es un lugar del que se sale hacia otro mundo; la caverna está dentro del mundo. Esta afirmación transforma por completo el problema. No existe un exterior absoluto al mundo material en el que la verdad se dé de forma pura, transparente y no mediada. Todo acceso a la verdad ocurre dentro del mundo, desde sus propias mediaciones, sus resistencias y sus composiciones.¹

Esta inversión puede precisarse a través de tres desplazamientos fundamentales. El primero consiste en rechazar el dualismo ontológico clásico: no hay dos mundos, sino un solo mundo con distintos niveles de organización. La apariencia no remite a una región separada del ser, sino a una forma específica de relación con el mismo mundo. La doxa no consiste en habitar un mundo falso, sino en quedar encerrado en un nivel de organización de la experiencia que no logra reconstruir las estructuras que lo producen. La verdad, por su parte, no será acceso a otro mundo, sino comprensión operatoria de niveles más profundos de este mismo mundo. Este desplazamiento permite, además, integrar la caverna en una ontología de la *symploké*: si lo real es entramado de relaciones parciales, estratificadas y no totalizables, entonces la apariencia puede ser pensada como una configuración concreta de ese entramado.

El segundo desplazamiento afecta al problema de la liberación. La salida absoluta de la caverna no existe. La ruptura sigue siendo indispensable, pero ya no adopta la forma de una evasión trascendente, sino la de una fractura interna dentro de la propia composición. La verdad exige romper con determinadas configuraciones de apariencia, desmontar ciertas mediaciones y reorganizar la relación con lo real; pero esa ruptura no nos saca del mundo, sino que nos obliga a operar más rigurosamente en él. Toda ruptura con la caverna es parcial, conflictiva y reversible.

El tercer desplazamiento concierne al estatuto de la verdad. En la inversión compositivista, no hay iluminación pura ni contemplación de una fuente trascendente. La verdad no consiste en ver las cosas desde un lugar privilegiado, sino en reconstruir operatoriamente estructuras reales bajo la resistencia efectiva del mundo. El acceso a la verdad no se produce por revelación, sino por trabajo: análisis, contraste, mediación técnica, disciplina conceptual, confrontación con la realidad material. La caverna no se abandona; se desmonta.

A partir de estos desplazamientos, la caverna deja de ser un espacio ontológicamente separado y pasa a ser una estructura de mediaciones que organiza la apariencia. Incluye formas de visibilidad e invisibilidad, regímenes de lenguaje y clasificación, dispositivos técnicos de filtrado y presentación, instituciones que estabilizan ciertas interpretaciones, ritmos de atención que limitan la reconstrucción y estructuras de poder que orientan qué puede ser percibido, pensado o dicho. La caverna no es solo cognitiva, sino también política, técnica y subjetiva. La caverna funciona precisamente porque no se presenta como caverna, sino como realidad obvia. Esta inversión tiene varias consecuencias decisivas: permite mantener la potencia crítica del mito sin recaer en dualismo; integra la crítica de la apariencia con una teoría material de la mediación; vincula inseparablemente verdad y política; obliga a pensar la subjetividad como algo producido dentro de la apariencia y no como punto exterior a ella; e introduce una concepción más sobria y exigente de la emancipación: no hay redención total ni iluminación definitiva, sino procesos de ruptura, reconstrucción y recomposición que deben ser sostenidos dentro del mundo.

4. Doxa como producción material

La redefinición compositivista de la caverna exige una reformulación rigurosa del concepto de doxa. Tradicionalmente, la doxa ha sido entendida como opinión, como conocimiento inferior o como forma imperfecta de acceso a la realidad. Sin embargo, esta caracterización resulta insuficiente, porque tiende a reducir la apariencia a un problema subjetivo: error, ignorancia o falta de información. El Compositivismo introduce aquí un desplazamiento decisivo: la doxa no es ignorancia simple, es apariencia organizada materialmente.²

Esta organización material de la apariencia se articula a través de múltiples dimensiones. Está producida por instituciones: las instituciones no solo regulan comportamientos o distribuyen funciones, sino que también producen marcos de visibilidad e interpretación, determinando qué cuenta como problema, qué aparece como relevante y qué queda invisibilizado. Está mediada por lenguaje: el lenguaje es un sistema de mediación que estructura la percepción, la clasificación y la articulación de la experiencia, y una determinada configuración del lenguaje puede hacer visibles ciertas relaciones y ocultar otras. Está sostenida por técnicas: los dispositivos de representación, sistemas de información y plataformas digitales organizan qué aparece, cómo aparece y con qué intensidad. Y está inscrita en relaciones sociales que determinan qué experiencias son accesibles, qué interpretaciones son dominantes y qué formas de conocimiento se legitiman o se excluyen. A partir de estas dimensiones, puede comprenderse que la apariencia es una forma específica de organización de la experiencia. Esto explica por qué la doxa puede ser tan resistente, y también por qué puede presentar características que, en otros contextos, asociaríamos con la verdad: puede ser estable, coherente, compartida e incluso funcional. Estas características hacen que la apariencia no se perciba como tal: la doxa no aparece como error evidente, sino como normalidad, como evidencia, como lo que «simplemente es así».

Sin embargo, estas propiedades no son suficientes para identificar la verdad. El criterio decisivo del Compositivismo introduce aquí una diferencia fundamental: la doxa sigue siendo apariencia cuando no está sometida a la resistencia efectiva de lo real. Esto permite distinguir entre aquellas formas de organización de la experiencia que se abren a la resistencia de lo real y permiten su reconstrucción, y aquellas que se cierran sobre sí mismas y evitan ese enfrentamiento. La diferencia no es de grado de claridad, sino de estructura.

En este punto se hace visible la dimensión crítica del concepto. La doxa no es simplemente un estado cognitivo inferior, sino una forma de organización que puede bloquear el acceso a la verdad. Por ello, la crítica de la doxa no puede limitarse a la corrección de errores, sino que debe dirigirse a las condiciones materiales que la producen y la sostienen. La apariencia organizada materialmente no solo muestra el mundo de cierta manera: produce sujetos que lo experimentan así. Por eso, la superación de la doxa no es un simple cambio de opinión, sino una transformación de la relación con las mediaciones que organizan la experiencia.

5. Técnica y caverna contemporánea

La reformulación compositivista de la caverna adquiere su máxima relevancia cuando se sitúa en el contexto técnico contemporáneo. Si en el mito platónico la apariencia se organizaba mediante sombras proyectadas sobre un muro, en la actualidad esa función ha sido asumida —y profundamente transformada— por sistemas técnicos de una complejidad y alcance sin precedentes. La tesis fundamental puede formularse con precisión: la caverna contemporánea no se organiza principalmente mediante imágenes simples, sino mediante sistemas técnicos complejos de producción, filtrado y organización de la experiencia.³

El entorno digital introduce una mutación profunda en la forma de la caverna que puede analizarse a través de varios procesos fundamentales. La producción continua de imágenes: a diferencia de la caverna platónica, el entorno técnico contemporáneo produce imágenes de manera incesante, sin interrupción ni exterior evidente al flujo de representaciones. Esta continuidad elimina la distancia crítica que podía surgir en contextos de escasez o discontinuidad. La reorganización de la atención: la atención deja de ser una capacidad relativamente autónoma para convertirse en un recurso capturado, gestionado y optimizado por sistemas técnicos. Interfaces, notificaciones, flujos de contenido y estructuras de interacción están diseñados para orientar, fragmentar y retener la atención.

¹ La inversión compositivista de la caverna conserva la visión arquitectónica de Platón —la apariencia como estructura organizada con condiciones de producción, no como simple error individual— y destruye el soporte dualista que sitúa la verdad en un plano separado. La diferencia respecto a Heidegger es precisa: Heidegger en *La doctrina platónica de la verdad* interpreta la alegoría como historia del ser que se retira, leyendo el olvido del ser donde Platón ve ascenso al mundo inteligible. El Compositivismo rechaza ambas lecturas: no hay retirada del ser ni mundo inteligible separado. Hay un solo mundo material estratificado en el que ciertas configuraciones producen apariencia y otras producen acceso operatorio a estructuras reales. La verdad no es desocultamiento de lo que el ser retira; es reconstrucción de estructuras que la apariencia organizada bloquea.

² La diferencia entre doxa y error es ontológica, no de grado. El error ocurre en el interior de una composición que tiene acceso a la resistencia del mundo y puede ser corregido cuando esa resistencia actúa. La doxa es un régimen de organización material que neutraliza o bloquea la resistencia antes de que pueda producir corrección: no es que el sujeto se equivoque y pueda corregirse, es que la estructura en que opera no tiene lugar para la corrección. Esta es la razón por la que la crítica de la ideología —a diferencia de la simple refutación— no consiste en mostrar que el interlocutor está equivocado sino en desmontar la estructura que produce los errores como régimen. Marx en *La ideología alemana* opera en ese nivel: no refuta proposiciones sino analiza las condiciones de producción de las representaciones.

³ La noción de entorno digital como diferencia cualitativa respecto a formas anteriores de la caverna —no simple intensificación sino transformación estructural del régimen de apariencia— conecta el análisis compositivista con los estudios de Stiegler sobre la retención terciaria y la industria cultural digital, pero desde una posición ontológicamente distinta. Para Stiegler, la crisis es la destrucción del individuo psicológico y colectivo por el capitalismo libidinal. Para el Compositivismo, la cuestión es más estructural: los entornos digitales producen un régimen de apariencia en que la retroalimentación algorítmica sustituye a la resistencia del mundo como principio organizador de la experiencia. No es que la mente sea colonizada desde fuera: es que las condiciones constitutivas del conocimiento —exposición a resistencia exterior al propio sistema— son reemplazadas por confirmación circular interna al algoritmo.

La modulación del deseo: la técnica no se limita a presentar contenidos, sino que interviene activamente en la configuración del deseo mediante sistemas de recomendación, personalización y retroalimentación continua. La caverna ya no solo organiza lo que se ve, sino también lo que se quiere. El filtrado algorítmico de la información: el acceso a la información está mediado por sistemas de filtrado que seleccionan, jerarquizan y priorizan contenidos según criterios opacos. La caverna contemporánea no se limita a mostrar sombras; decide cuáles sombras aparecen y cuáles no.

A partir de estos procesos, la naturaleza de la apariencia se transforma profundamente: la apariencia deja de ser episódica y pasa a ser estructural y permanente. La caverna ya no es un espacio delimitado, sino un entorno: ubicuo, porque las mediaciones técnicas atraviesan múltiples ámbitos de la vida; continuo, porque no hay interrupciones claras en el funcionamiento del sistema; e integrado en la vida cotidiana, porque la mediación técnica no es una capa añadida sino una condición constitutiva de la experiencia contemporánea.

Es importante subrayar un punto decisivo: la técnica no crea la caverna, pero intensifica su capacidad de organización. La caverna, entendida como estructura de mediaciones que organizan la apariencia, es una condición general del mundo social. Sin embargo, la técnica contemporánea amplifica esta capacidad de manera exponencial: aumenta la velocidad, la escala, la precisión y la penetración de las mediaciones. La transformación técnica de la caverna obliga, en consecuencia, a pensar la apariencia en términos de infraestructura material, redefine la relación entre subjetividad y mediación, intensifica el problema de la verdad e introduce una dimensión política ineludible.

6. Subjetividad capturada

La reformulación composicionista de la caverna alcanza uno de sus puntos más decisivos cuando se articula con una teoría de la subjetividad. La caverna no puede pensarse únicamente como estructura externa de mediaciones, ni como simple entorno que rodea al sujeto. Su eficacia depende de una condición más profunda: la caverna no existe sin sujetos que la habiten, pero la tesis más fuerte es que la subjetividad es producida en la caverna. El sujeto no es el punto de partida del problema, sino uno de sus resultados.⁴

Desde el Composicionismo, la subjetividad no es una sustancia ni una interioridad cerrada, sino una organización producida en y por una red de mediaciones materiales. La percepción está mediada: no hay acceso inmediato a lo real; lo que aparece lo hace a través de dispositivos, categorías y condiciones materiales que organizan la visibilidad. El deseo está orientado: no surge espontáneamente desde una interioridad, sino que es configurado por circuitos sociales, técnicos y simbólicos. La atención está distribuida: no es un recurso interno totalmente controlable, sino una capacidad modulada por entornos que la capturan, la fragmentan o la intensifican. Y la experiencia está estructurada por una composición organizada de mediaciones que delimitan qué puede ser vivido, pensado o recordado.

A partir de esta concepción, la noción de captura adquiere un sentido preciso. La captura es un fenómeno material: no se limita a lo que el sujeto piensa, sino que interviene en cómo percibe, cómo desea, cómo distribuye su atención y cómo articula su experiencia. Opera a través de dispositivos técnicos, estructuras sociales, ritmos de vida y configuraciones institucionales que moldean la subjetividad de manera continua. Una subjetividad capturada no es simplemente una que «se equivoca», sino una cuya propia capacidad de reconstrucción se encuentra limitada por las condiciones en las que ha sido producida.

Esta forma de producción subjetiva presenta características específicas analizables estructuralmente: incapacidad de sostener atención prolongada, resultado de entornos que privilegian la interrupción y la estimulación inmediata; dependencia de estímulos continuos, que genera una relación con el mundo basada en la inmediatez y la repetición; dificultad para reconstruir estructuras, ya que la reconstrucción operatoria exige tiempo, disciplina y confrontación con la resistencia del mundo; y tendencia a la fragmentación, que dificulta la integración de experiencias, la continuidad de proyectos y la estabilidad de orientaciones.

A partir de estos rasgos, se hace evidente que la caverna no es simplemente un sistema que oculta la verdad desde fuera: no solo oculta la verdad, sino que produce sujetos incapaces de acceder a ella. Esta afirmación debe entenderse en sentido estructural, no determinista: no implica que el acceso a la verdad sea imposible, sino que las condiciones de producción de la subjetividad pueden dificultarlo de manera significativa. La captura no es absoluta ni irreversible, pero sí exige una intervención consciente y sostenida.

7. Verdad como ruptura de la caverna

La inversión composicionista del mito de la caverna alcanza su formulación más precisa en el momento en que se articula con una teoría materialista de la verdad. La tesis fundamental es: la verdad no consiste en salir del mundo, sino en operar dentro de él. Desde esta perspectiva, la verdad es ruptura de la caverna desde dentro. Esta ruptura no debe entenderse como un gesto puntual o como una experiencia excepcional, sino como un proceso estructural que afecta a la relación del sujeto con las mediaciones que organizan su experiencia.⁵

Esta ruptura opera a través de varios momentos articulados. El primero consiste en someter la experiencia a la resistencia del mundo: allí donde la doxa se estabiliza como circuito cerrado, la verdad exige abrir ese circuito al enfrentamiento con la materialidad del mundo. La resistencia no es un obstáculo externo, sino el criterio interno de la verdad. El segundo momento es la reconstrucción de estructuras reales: no consiste en descubrir algo ya dado de manera transparente, sino en elaborar modelos, conceptos y prácticas que permitan articular relaciones y procesos que no eran accesibles en la configuración anterior. La verdad aparece así como una producción, no como una revelación.

El tercer momento es el desmontaje de mediaciones aparentes: analizar críticamente los dispositivos que configuran la experiencia —lenguajes, categorías, técnicas, instituciones—, identificar cómo operan, qué hacen visible y qué ocultan. Este proceso es necesariamente conflictivo, porque las mediaciones están inscritas en relaciones de poder. Y el cuarto momento es la reorganización de la relación con lo real: la verdad no es un contenido que se añade a una subjetividad ya dada, sino una transformación de la propia organización subjetiva, que afecta al plano cognitivo, técnico, práctico y político.

Una de las consecuencias más importantes de esta concepción es el abandono de la idea de una salida definitiva de la caverna. La ruptura no es total ni definitiva. La verdad debe pensarse como proceso siempre inacabado, siempre expuesto a nuevas formas de apariencia, siempre susceptible de revisión y corrección. La dinámica de la verdad puede describirse como un movimiento doble: descomposición de la apariencia y recomposición del acceso a lo real.

De todo lo anterior se sigue una tesis central: la verdad es siempre parcial, situada y conflictiva. Parcial, porque nunca agota la totalidad de lo real. Situada, porque se produce en condiciones concretas: históricas, técnicas, sociales. Conflictiva, porque implica enfrentamiento con la resistencia del mundo, con las mediaciones que organizan la apariencia y con las estructuras que sostienen la caverna. La verdad, desde el Composicionismo, puede definirse como el proceso de ruptura interna de la caverna mediante operaciones que someten la experiencia a la resistencia del mundo, reconstruyen estructuras reales y reorganizan la relación con lo real. No hay salida del mundo; hay trabajo en él, contra la apariencia y a favor de su reconstrucción.

8. Política de la apariencia

La reformulación composicionista de la caverna obliga a pensar la apariencia no solo como problema epistemológico o técnico, sino también como problema político. Si la caverna es una estructura material de mediaciones que organiza la experiencia, entonces no puede ser entendida como un fenómeno neutral, espontáneo o puramente accidental. La apariencia no simplemente «ocurre»: se produce, se estabiliza y se reproduce en el interior de relaciones de poder, de dispositivos sociales y de formas históricas de organización del mundo común. La tesis central: la caverna no es neutral.

Las estructuras de apariencia están vinculadas inseparablemente a varios ejes fundamentales. Las formas de poder: el poder no actúa solo reprimiendo o imponiendo mandatos, sino también configurando campos de visibilidad, determinando qué puede aparecer como normal, legítimo, verdadero o inevitable. El poder no solo controla contenidos; distribuye condiciones de aparición. La organización económica: las formas de producción, circulación y consumo estructuran también el modo en que la realidad aparece ante los sujetos, organizando tiempos, ritmos, prioridades, lenguajes y expectativas. Los dispositivos técnicos: a través de interfaces, filtros, algoritmos y diseños de interacción, la técnica determina qué se ve, qué capta la atención y qué queda relegado. La apariencia, en este sentido, no es solo ideológica: es infraestructural. Y la producción de subjetividad: la caverna se mantiene también porque estas estructuras producen sujetos capaces de habitarla, reproducirla y percibir el mundo según sus coordenadas.

⁴ La captura como lógica estructural —no intencional, no reducible a conspiración ni a manipulación deliberada— es lo que distingue el análisis composicionista de la crítica ideológica clásica. En Debord, la sociedad del espectáculo tiene una lógica de dominación capitalista identificable como sujeto de la operación. En el Composicionismo, la captura es un efecto de composición: emerge cuando una parte del sistema —económica, técnica, ideológica— se absolutiza y reorganiza el conjunto en función de su propia reproducción, sin que ningún agente la haya planeado como tal. Eso no elimina la responsabilidad política sino que la redistribuye: la pregunta no es quién diseñó la caverna sino qué tipo de composición la produce estructuralmente y qué transformación de condiciones la desactivaría.

⁵ La recomposición dentro de la sympleké —no salida de la caverna sino ruptura operatoria inmanente— tiene una consecuencia que el texto del artículo formula pero que vale la pena precisar: la verdad no elimina la apariencia, la atraviesa. Eso significa que quien ha producido una ruptura con un régimen de apariencia sigue operando en el mundo de mediaciones, sigue siendo objeto de nuevas formas de captura, sigue expuesto a la posibilidad de recaer en otros regímenes de doxa. No hay inmunidad adquirida de una vez. Esta es la consecuencia política más importante del desplazamiento de la salida trascendente a la ruptura inmanente: la paideia no es el camino hacia un estado definitivo de lucidez sino una práctica continua de desmontaje y recomposición, siempre expuesta a nuevas formas de la misma estructura que intenta atravesar.

A partir de estas dimensiones, puede afirmarse con precisión: la apariencia es políticamente producida. Esta formulación no debe entenderse en sentido reduccionista, como si todo fenómeno de apariencia fuese simple manipulación intencional. La producción política de la apariencia es más compleja: incluye decisiones conscientes, pero también dinámicas estructurales, inercias institucionales, configuraciones técnicas y formas de organización social que, sin necesidad de un centro único, producen regímenes estables de visibilidad e invisibilidad.

La política de la apariencia puede cumplir varias funciones: estabilizar determinadas relaciones, cuando ciertas composiciones históricas aparecen como naturales o inevitables; invisibilizar conflictos, cuando tensiones y contradicciones estructurales se presentan como anomalías locales o problemas individuales; bloquear el acceso a la verdad, organizando la experiencia de modo que la reconstrucción operatoria se vuelva improbable o discontinua; y reproducir su propia estructura, generando subjetividades, instituciones y prácticas que refuerzan esa misma organización.

Por todo ello, la política de la caverna no consiste solo en manipular contenidos: consiste en configurar las condiciones mismas de la experiencia. La crítica de la apariencia debe desplazarse desde la denuncia de falsedades aisladas hacia el análisis de las infraestructuras de mediación. La tarea filosófica y política se vuelve entonces más exigente: no solo decir la verdad, sino intervenir en las condiciones que hacen posible que la verdad pueda aparecer, sostenerse y ser reconocida.

9. Límites y dificultades

La concepción composicionista de la caverna, precisamente por su ambición filosófica, enfrenta dificultades teóricas y prácticas que no pueden ser ignoradas. Al redefinir la caverna como estructura material de producción de apariencia, el Composicionismo gana potencia explicativa, pero queda obligado a responder a problemas complejos. Estas dificultades no invalidan la propuesta: indican el punto exacto en el que debe desarrollarse con mayor precisión.⁶

La primera dificultad afecta al estatuto mismo del concepto: ¿cómo distinguir grados de apariencia? Si no hay dos mundos completamente separados, sino un solo mundo atravesado por distintos niveles de organización, entonces la apariencia no puede ser pensada de manera puramente binaria. No todo es simplemente doxa o verdad; entre ambos polos existen grados, niveles y configuraciones complejas. La cuestión de los grados de apariencia obliga a una teoría más detallada de las mediaciones, de sus cierres y de sus aperturas, así como de los umbrales a partir de los cuales una apariencia deja de ser corregible y pasa a funcionar como estructura fuerte de captura.

La segunda dificultad es la del escepticismo generalizado: si toda experiencia está mediada, si no existe un punto exterior absoluto a la caverna, ¿cómo evitar que la teoría desemboque en escepticismo? El Composicionismo intenta evitar este riesgo mediante la categoría de reconstrucción operatoria bajo resistencia. La verdad no depende de una pureza originaria ni de un acceso inmediato, sino de la capacidad de ciertas operaciones para reconstruir estructuras reales y ser corregidas por la oposición efectiva del mundo. Evitar el escepticismo implica sostener una tesis difícil pero central: que la verdad nunca es pura ni absoluta, pero tampoco es imposible.

La tercera dificultad tiene un carácter más directamente contemporáneo: ¿cómo operar en entornos altamente capturados? No basta con diagnosticar la captura si las condiciones mismas de la experiencia dificultan los procesos de ruptura y reconstrucción. La reflexión prolongada, la reconstrucción conceptual rigurosa y la confrontación paciente con la resistencia del mundo exigen ciertas formas de temporalidad, de mediación y de subjetividad que pueden quedar debilitadas en entornos dominados por la inmediatez, la saturación y la interrupción constante. Esta dificultad obliga al Composicionismo a pensar también una política de recomposición de las condiciones materiales de la verdad.

La cuarta dificultad es la de la sostenibilidad de las prácticas de verdad en condiciones adversas. La verdad, entendida como reconstrucción operatoria, no es un acto instantáneo sino una práctica que requiere tiempo, disciplina y cierta estabilidad subjetiva. Esto significa que la verdad no puede pensarse únicamente en términos individuales: necesita contextos de transmisión, instituciones, prácticas colectivas y formas de vida que hagan posible sostener procesos de ruptura con la apariencia. A estas dificultades se añaden consecuencias estructurales del enfoque. La ruptura puede ser parcial: no existe una salida plena y definitiva de la caverna; toda ruptura ocurre dentro del mundo y dentro de nuevas mediaciones. La caverna puede reorganizarse: las estructuras de apariencia pueden transformarse, adaptarse y reconfigurarse en respuesta a la crítica; la propia crítica puede ser absorbida por nuevas configuraciones de apariencia. Y la verdad puede ser reabsorbida: una reconstrucción verdadera de ciertas estructuras no garantiza por sí misma una transformación duradera de la experiencia común. De todas estas dificultades se sigue que no existe una solución definitiva al problema de la caverna: la apariencia es una dimensión estructural del mundo humano y la verdad una tarea permanente.

Conclusión

La operación composicionista sobre el mito de la caverna no consiste en su simple abandono ni en su repetición, sino en su transformación interna. Lejos de desechar una de las figuras más potentes de la tradición filosófica, el Composicionismo la reinterpreta para hacerla operativa dentro de un marco materialista, histórico y no trascendente. El Composicionismo redefine la caverna sin abandonar su potencia filosófica.

La caverna ya no puede ser entendida como ilusión subjetiva, error perceptivo corregible mediante acceso más adecuado a los datos sensibles, o espacio separado ontológicamente distinto del mundo verdadero al que habría que acceder mediante una salida trascendente. Frente a ello, el Composicionismo propone una definición más exigente: la caverna es una estructura material de producción de apariencia. Está hecha de mediaciones —lenguaje, técnica, instituciones, relaciones sociales, formas de poder y modos de producción de subjetividad—. No se limita a ocultar la realidad: la organiza de una determinada manera, produciendo formas de visibilidad e invisibilidad, estableciendo jerarquías de relevancia y delimitando lo que puede ser pensado o problematizado.

Esta redefinición permite alcanzar varios resultados filosóficos de gran alcance: mantener la distinción entre verdad y doxa sin apelar a dos mundos; evitar el dualismo platónico reformulando la verdad como práctica immanente; integrar técnica, política y subjetividad en una misma arquitectura conceptual; y pensar la verdad como práctica de descomposición de la apariencia, análisis de mediaciones, reconstrucción conceptual y reorganización de la relación con lo real.

La tesis conclusiva del Composicionismo en este punto puede enunciarse con precisión: la caverna es una dimensión del mundo que debe ser constantemente atravesada, desmontada y recompuesta. Atravesada, porque no puede ser evitada ni rodeada; toda experiencia ocurre dentro de sus mediaciones. Desmontada, porque sus estructuras de apariencia deben ser analizadas críticamente, abiertas a la resistencia del mundo y descompuestas cuando bloquean la reconstrucción de lo real. Recompuesta, porque la crítica no es suficiente: es necesario reconstruir nuevas formas de mediación, nuevas articulaciones de la experiencia y nuevas condiciones de acceso a la verdad.

Esta concepción introduce una imagen más exigente, pero también más rigurosa, de la tarea filosófica. La filosofía no promete una salida definitiva de la caverna, sino la capacidad de trabajar en su interior sin quedar completamente capturado por ella. La inversión composicionista no debilita el mito de la caverna: lo radicaliza. Ya no se trata de abandonar el mundo para alcanzar la verdad. Se trata de habitar el mundo enfrentándose a sus formas de apariencia, reconstruyendo sus estructuras y sosteniendo, dentro de él, prácticas de verdad.

Notas

1 La inversión composicionista de la caverna conserva la visión arquitectónica de Platón —la apariencia como estructura organizada con condiciones de producción, no como simple error individual— y destruye el soporte dualista que sitúa la verdad en un plano separado. La diferencia respecto a Heidegger es precisa: Heidegger en La doctrina platónica de la verdad interpreta la alegoría como historia del ser que se retira, leyendo el olvido del ser donde Platón ve ascenso al mundo inteligible. El Composicionismo rechaza ambas lecturas: no hay retirada del ser ni mundo inteligible separado. Hay un solo mundo material estratificado en el que ciertas configuraciones producen apariencia y otras producen acceso operatorio a estructuras reales. La verdad no es desocultamiento de lo que el ser retira; es reconstrucción de estructuras que la apariencia organizada bloquea.

2 La diferencia entre doxa y error es ontológica, no de grado. El error ocurre en el interior de una composición que tiene acceso a la resistencia del mundo y puede ser corregido cuando esa resistencia actúa. La doxa es un régimen de organización material que neutraliza o bloquea la resistencia antes de que pueda producir corrección: no es que el sujeto se equivoque y pueda corregirse, es que la estructura en que opera no tiene lugar para la corrección. Esta es la razón por la que la crítica de la ideología —a diferencia de la simple refutación— no consiste en mostrar que el interlocutor está equivocado sino en desmontar la estructura que produce los errores como régimen. Marx en La ideología alemana opera en ese nivel: no refuta proposiciones sino analiza las condiciones de producción de las representaciones.

3 La noción de entorno digital como diferencia cualitativa respecto a formas anteriores de la caverna —no simple intensificación sino transformación estructural del régimen de apariencia— conecta el análisis composicionista con los estudios de Stiegler sobre la retención terciaria y la industria cultural digital, pero desde una posición ontológicamente distinta. Para Stiegler, la crisis es la destrucción del individuo psicológico y colectivo por el capitalismo libidinal. Para el Composicionismo, la cuestión es más estructural: los entornos digitales producen un régimen de apariencia en que la retroalimentación algorítmica sustituye a la resistencia del mundo como principio organizador de la experiencia. No es que la mente sea colonizada desde fuera: es que las condiciones constitutivas del conocimiento —exposición a resistencia exterior al propio sistema— son reemplazadas por confirmación circular interna al algoritmo.

4 La captura como lógica estructural —no intencional, no reducible a conspiración ni a manipulación deliberada— es lo que distingue el análisis composicionista de la crítica ideológica clásica. En Debord, la sociedad del espectáculo tiene una lógica de dominación capitalista identificable como sujeto de la operación. En el

⁶ La consistencia objetiva como criterio estructural —no modelo único de vida buena— que el artículo introduce al tratar la normatividad de la caverna tiene una implicación metodológica importante: el Composicionismo no puede usar el mito de la caverna para prescribir formas concretas de vida como más o menos libres de apariencia en sentido absoluto. Lo que puede hacer es distinguir entre regímenes de organización de la experiencia que abren o cierran el acceso a la resistencia del mundo. Esa distinción es normativa —no toda forma de organización vale lo mismo— pero no produce un modelo único de subjetividad liberada: produce criterios para evaluar estructuras, no arquetipos para imitar. La diferencia entre criterio estructural y modelo único es lo que separa la crítica composicionista de la doxa de cualquier recaída en el elitismo filosófico que el mito platónico originalmente amenazaba con producir.

Composicionismo, la captura es un efecto de composición: emerge cuando una parte del sistema —económica, técnica, ideológica— se absolutiza y reorganiza el conjunto en función de su propia reproducción, sin que ningún agente la haya planeado como tal. Eso no elimina la responsabilidad política sino que la redistribuye: la pregunta no es quién diseñó la caverna sino qué tipo de composición la produce estructuralmente y qué transformación de condiciones la desactivaría.

5 La recomposición dentro de la *symploké* —no salida de la caverna sino ruptura operatoria inmanente— tiene una consecuencia que el texto del artículo formula pero que vale la pena precisar: la verdad no elimina la apariencia, la atraviesa. Eso significa que quien ha producido una ruptura con un régimen de apariencia sigue operando en el mundo de mediaciones, sigue siendo objeto de nuevas formas de captura, sigue expuesto a la posibilidad de recaer en otros regímenes de doxa. No hay inmunidad adquirida de una vez. Esta es la consecuencia política más importante del desplazamiento de la salida trascendente a la ruptura inmanente: la *paideia* no es el camino hacia un estado definitivo de lucidez sino una práctica continua de desmontaje y recomposición, siempre expuesta a nuevas formas de la misma estructura que intenta atravesar.

6 La consistencia objetiva como criterio estructural —no modelo único de vida buena— que el artículo introduce al tratar la normatividad de la caverna tiene una implicación metodológica importante: el Composicionismo no puede usar el mito de la caverna para prescribir formas concretas de vida como más o menos libres de apariencia en sentido absoluto. Lo que puede hacer es distinguir entre regímenes de organización de la experiencia que abren o cierran el acceso a la resistencia del mundo. Esa distinción es normativa —no toda forma de organización vale lo mismo— pero no produce un modelo único de subjetividad liberada: produce criterios para evaluar estructuras, no arquetipos para imitar. La diferencia entre criterio estructural y modelo único es lo que separa la crítica composicionista de la doxa de cualquier recaída en el elitismo filosófico que el mito platónico originalmente amenazaba con producir.

Bibliografía

- Adorno, Theodor W., y Max Horkheimer. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta, 1998.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Armesilla, Santiago. *La vuelta del revés de Marx*. Barcelona: El Viejo Topo, 2020.
- Bueno, Gustavo. *Ensayos materialistas*. Madrid: Taurus, 1972.
- Bueno, Gustavo. *Teoría del cierre categorial*. Oviedo: Pentalfa, 1992.
- Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos, 1999.
- Engels, Friedrich. *Dialéctica de la naturaleza*. Madrid: Akal, 2017.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI, 2007.
- Heidegger, Martin. *La doctrina platónica de la verdad*. Barcelona: Herder, 2000.
- Horkheimer, Max. *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Trotta, 2002.
- Lukács, György. *Historia y conciencia de clase*. Barcelona: Grijalbo, 1969.
- Marx, Karl. *La ideología alemana*. Madrid: Akal, 2014.
- Marx, Karl. *El capital*. Madrid: Siglo XXI, 2017.
- McLuhan, Marshall. *Comprender los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós, 1996.
- Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas*. Madrid: Espasa, 2014.
- Platón. *República*. Madrid: Gredos, 2020.
- Platón. *Sofista*. Madrid: Gredos, 2014.
- Rancière, Jacques. *El desacuerdo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996.
- Santoveña Martín, Jorge. *Composicionismo: Inversión materialista integral del platonismo*. Manuscrito inédito.
- Simondon, Gilbert. *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Cactus, 2007.
- Stiegler, Bernard. *La técnica y el tiempo. I: El pecado de Epimeteo*. Hondarribia: Hiru, 2002.
- Virilio, Paul. *La bomba informática*. Madrid: Cátedra, 1999.
- Žižek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. Madrid: Siglo XXI, 1992.